

A black and white close-up photograph of a woman's face, focusing on her eyes and nose. The text is overlaid in the center.

**MI
ÁNGEL
TIENE
ALAS
NEGRAS**

Elliott Chaze



**LABESTIA
EQUILÁTERA**

ELLIOTT CHAZE

Mi ángel tiene alas negras

Traducción de *Carlos Gardini*



*Para Jane Grigsby,
campeona absoluta*



PRIMERA PARTE



I

Había pasado más de dieciséis semanas deslomándome en una plataforma petrolera del río Atchafalaya, acomodando los grandes tubos plateados, acarreando bolsas de lodo desde la barcaza hasta la costa, trabajando con la espalda y las tripas y dejando que mi mente divagara. Necesitaba mucha divagación. A los dos mil metros anularon el tubo, abandonaron el pozo, nos pagaron y nos dijeron que regresáramos en un par de meses.

El bizzo Benson, operario de perforadora, me dijo que yo había sido un buen peón: la mayoría de los hombres corpulentos eran chapuceros y lerdos en una plataforma, pero yo manejaba mi peso como un hombre menudo. Pensaba que cuando abrieran un nuevo pozo yo estaría preparado para trabajar en la torre. Dijo que yo era demasiado hábil para “que me desperdiciaran en tierra con las mulas”, y que quería verme arriba, con el pelo al viento y mejor salario. Traté de no reírmele en la cara.

Ahora disfrutaba del agua jabonosa en la anticuada bañera del pequeño hotel de Krotz Springs.

Hacía cuatro meses que no me bañaba con agua caliente. El jabón aceitoso y fragante resbalaba por mi pecho formando ceros

con las burbujas, que tenían el color verde y lechoso del agua. Me sumergí para que mi barbilla descansara sobre la superficie. Me enjaboné la cabeza, la froté con los dedos y las uñas, me zambullí en el agua profunda y caliente, conteniendo el aliento, sintiendo cómo se aflojaban meses de mugre. Siempre me corto el pelo al rape, y lo uso como cepillo para las uñas cuando me lavo la cabeza. Aprendí este truco en la universidad Washington & Lee. Es lo único que me enseñaron en ese distinguido antro de cultura donde no hay mujeres, donde los estudiantes se tratan de “caballero”, donde los novatos usan gorras repulsivamente llamativas, donde nadie pisa el sagrado césped, y todos son tan deportivos que da asco.

El botones golpeó la puerta del dormitorio mientras yo estaba sumergido.

Me sorprendió que pudiera oírlo. El ruido llegaba a través de la maciza bañera de acero y a través del agua, un retumbo vibrante. Emergí y le dije que lo atendería en cuanto me secara, y él respondió que todo estaba bien con esa voz fatigada y neutra típica de los botones. Mientras yo me secaba, se puso a golpear de nuevo, y yo estaba envuelto en la toalla cuando llegué a la puerta, que daba a un corredor sórdido con paredes color queso.

—Ahí la tienes —dijo.

Y ahí la tenía. Siempre recordaré la primera vez que la vi en la penumbra del corredor, con ese sonriente botones de pueblo vestido como un mono de organillero y casi apoyado en ella.

—¿No es preciosa, amigo?

Concedí que era preciosa. Él lo agradeció con una sonrisa horrible y dientuda. Dijo que le alegraba que me gustara y que

ella era lo mejor que había en Krotz Springs y que Dios sabía por qué perdía el tiempo en un pueblo pesquero del Atchafalaya cuando podía estar en Nueva Orleans, Memphis o en cualquier otra parte, con esas piernas y esos modales tan finos.

Ella no dijo nada.

Sus ojos eran gris lavanda y el cabello dorado, claro y cremoso le aureolaba la cabeza con curvas ondeantes que no eran rizos. Usaba una boina azul, como en las películas europeas. Luego venían el pelo y la cara y un impermeable largo y holgado de color metal, muy mojado, y su olor frío se destacaba en el aire rancio. Luego venían las piernas, y el botones no había exagerado al mencionarlas. Luego venían los pies, anchos, rechonchos y cortos como los de un bebé. Los zapatos de gamuza parda, húmedos y lustrosos, parecían caros.

—Por amor de Dios, dale su dólar —dijo ella con voz neutra.

Fui hasta el escritorio, saqué el dólar y se lo di al botones. Él puso su sonrisa horrible y ella entró y cerró la puerta y de golpe nos quedamos a solas en la habitación. Antes no estábamos y ahora estábamos. Después de dieciséis semanas en una plataforma petrolera, es una grata sorpresa sentir las orejas limpias de barro y compartir la habitación con una mujer fina de ojos gris lavanda.

—Hola —dijo con indiferencia.

Creo que sonreí. La actuación Buster Keaton no congeniaba con esa cara adorable, y la sábana almidonada crujió cómicamente cuando ella se tumbó en la cama.

—De haber sabido que eras tan formal, me habría puesto una toalla más elegante —dije.

—Estoy cansada —dijo ella. Apoyaba las manos en el impermeable color aluminio, sobre las rodillas—. No bromees.

—De acuerdo.

—Nunca bromees con una puta cansada —dijo ella—. Nadie se cansa tanto como una puta.

Tiritó y dijo que necesitaba un trago. Le serví un bourbon, usando el vaso del baño y lo que quedaba de hielo. Disfruté de ese lento ritual: en parte porque el bourbon anaranjado se veía bonito contra el hielo, en parte porque quería que el hielo lo diluyera un poco y en parte porque tenía las manos limpias por primera vez en largo tiempo y me gustaba el chillido del vidrio contra las palmas.

—Está bueno —dijo, sin contraer la cara, como la mayoría de las mujeres cuando bebe whisky puro.

—Querrás decir que estaba bueno.

—No me vendría mal otro.

—Por tu cara, no te vendría mal la botella entera.

—En efecto. —Ella cabeceó. Me miró de arriba abajo. No para evaluarme ni insultarme, sino como si viera un edificio, una montaña o un hormiguero. Solo me miraba. La dejé hacer, y sentí que la velluda alfombra me raspaba las plantas de los pies ablandados por el agua mientras yo la miraba a ella. Sentí el ridículo impulso de presentarme y empezar con la clásica cháchara sobre los pueblos natales y los posibles amigos comunes, y de explicar por qué usaba una toalla y decirle que el botones se había equivocado, que yo quería una mujer corpulenta, estúpida y maciza, no una criatura esbelta y aplomada con una piel que tenía el color de una perla derretida en miel.



En cambio serví los tragos, esta vez mezclados con agua tibia.

La lluvia repiqueteaba contra las ventanas y contra el techo de zinc del hotel. Bajaba en rugidos susurrantes, luego en murmullos, luego en chapoteos que parecían papel de lija fro-tando madera. Ella bebió el segundo vaso, se levantó de la cama y empezó a desvestirse, y luego nos abrazamos bajo la lámpara barata y desnuda.

Al evocarlo, recuerdo las cosas más tontas: el pliegue ten-so que ella tenía encima de las caderas, al final de la espalda. Que olía como el aliento de un bebé, un olor dulce y casi im-perceptible que se replegaba cada vez más, y se escapaba por mucho que te acercaras. Las motas pardas de sus ojos gris la-vanda, flotando muy cerca de la superficie cuando la besé, los ojos abiertos y alerta, pero apáticos: los ojos de un gourmet al que le ofrecen un trozo de pan rancio, y lo acepta por necesi-dad pero sin saborearlo más de lo necesario. Recuerdo que me levanté y volví hacia ella, y que luego le arrojé un zapato a la lámpara, cuando se terminó el whisky. Recuerdo el olor a llu-via y oscuridad en la habitación, y que ella me advirtió que me lastimaría los pies con el vidrio de la lámpara rota. Y que dijo que yo no era mejor que una mujerzuela, que hacía el amor con la cadencia de las ráfagas de lluvia en el techo, y era verdad que hacía eso, pero entonces parecía lo más natural. Y me sentía tan maravillosamente limpio y enjabonado, y tan en sintonía con el maldito universo que tenía la sensación de que yo mismo era un cielo encapotado y podía hacer pedazos esa habitación color queso con mi lluvia y mis rayos.



La mañana siguiente me levanté temprano para seguir disfrutando del agua y del jabón, y ella entró en el baño mientras yo seguía en la bañera. Estaba vestida. Me dijo que se marchaba y que había sido una noche agradable. Lo dijo con la voz menuda y mecánica de una niña que se va de una fiesta de cumpleaños, ya pensando en otra cosa. Tenía los ojos limpios, los labios recién pintados de rojo. El hecho de que yo me estuviera bañando le importaba tan poco como las rajaduras de la pared azulejada.

Me levanté de la bañera, la alcé, la llevé de vuelta al dormitorio y no salimos de la habitación en tres días. Dijo que era como la canción que pasaban a cada momento en la radio: “If You’ve Got the Money, Honey, I’ve Got the Time”. Esa melodía y esa letra barata sonaban raras cuando ella las decía con acento del colegio Wellesley, con esa voz cortante y distinguida: “Si tú tienes la plata, amor, yo tengo el tiempo”.

—Pero cuando se vaya la plata —dijo—, yo también me iré. Ya no me encamo para divertirme.

—¿Alguna vez lo hiciste?

Ella se rio.

—No entremos en detalles. Ya no lo hago.

Para mí no era un problema. Después de esos meses en el río, no era quisquilloso con los matices románticos. Solo quería saciarme. En ese momento no pensaba enamorarme de ella, así como no pensaba comer ese gran jabón amarillo que había en el baño victoriano.

—Cuando se vaya la plata —le dije—, quizá esté harto de ti.

—Eso espero.

—¿Por qué?

—Será mejor si estás harto de mí.

Pero cuando nos fuimos del hotel, nos fuimos juntos, y ese viejo botones de cara rara cargó nuestros bultos hasta mi convertible Packard, caminando una cuadra hasta el estacionamiento que había a orillas del río, sonriendo de oreja a oreja.

Le di un dólar, y otros cincuenta centavos cuando acomodó los bultos en el baúl cuadrado del coche.

El tiempo de encierro no había afectado el Packard, y en Alexandria paré en un local de coches usados y compré un par de patentes de Luisiana con el pelícano blanco. Para mayor seguridad. El hombre las vendía a buen precio y su lustre era tranquilizador una vez que las colocó en los marcos niquelados.

Cuando cruzamos el puente del río Rojo, arrojé las patentes de Mississippi por encima de la baranda de hierro y quince metros más abajo chocaron contra el agua con un chapoteo. Ella me miraba, apoyada en el respaldo de cuero, fumando en silencio. Nada parecía sorprenderle: el coche, las patentes, la idea de emprender un viaje a cualquier parte con un desconocido. El viento le agitaba el pelo brillante como en los anuncios de gaseosas, con hermosa naturalidad. Las rayas de brea de la carretera blanca tamborileaban cada vez más rápido bajo las ruedas, hasta que el tamborileo fue un zumbido. El aire estaba quieto, pero no muerto. Ante todo, me agradaba esa sensación de ir a algún lado.